

LA CABRA O ¿QUIÉN ES SYLVIA?

REBELIÓN EN LA GRANJA

José María Pou dirige e interpreta el inquietante texto de Edward Albee que ha acaparado toda la atención del público y la crítica, que pone en solfa la dudosa naturaleza del más puro e irracional de los sentimientos

La cabra o ¿quién es Sylvia?, uno de los textos que en los últimos años ha despertado más admiración e incredulidad entre el público y la crítica en todos los escenarios en los que ha sido presentado tras su estreno en Nueva York hace sólo cuatro años, llega al Teatro Cuyás con dirección e interpretación del admirado José María Pou, revelándonos toda su insólita emoción y demoledora trasgresión, pero también poniendo a prueba los vulnerables límites de nuestra tolerancia. Edward Albee, autor de obras tan conocidas como *¿Quién teme a Virginia Woolf?*, escribió con premeditación y alevosía *La cabra* para poner a prueba la inocencia del público. La obra, interpretada por Pou, Mercè Arànega, Juanma Lara y Pau Roca, es un drama que abrasa y duele, que acude directamente a la confusa naturaleza del amor, los celos y los ideales, con los que cuestiona algunos de los hipócritas códigos morales más aceptados en el marco de la convivencia.

Edward Albee suele abordar en sus textos los desconcertantes secretos del entorno familiar tal y como se vive en nuestra contemporaneidad occidental. Martin (José María Pou), un culto arquitecto de prestigio, lleva casado con su esposa Stevie (Mercè Arànega) durante más de veinte años. La estable relación de ambos se solidifica sobre la base del ingenio, el entendimiento y respeto mutuo, al que suman la cualidad de la tolerancia que siempre demostraron a su hijo homosexual adolescente Billy. Parecen la pareja perfecta.

Pero toda esa saludable arquitectura doméstica se desvanece cuando confiesa a su mejor amigo Ross (Juanma Lara), que por fin ha hallado el amor y la ternura en Sylvia, una cabra de la que se enamorará y se convertirá en el motivo de las barreras infranqueables que irán levantándose entre la confianza de la familia y los protagonistas de este drama planteado en tres actos. De repente, todos los

que forman parte del mundo de Martin empiezan a contemplarle como un animal, como una bestia.

Pou define su personaje como un ser abierto y franco, inocente y puro, que se presenta delante de su familia para explicarles lo que le sucede: *sé que esto no es normal y pido que me ayudéis. Pero luego duda y se pregunta si aquello que se llama aberración puede ser normal, ya que en su relación con el animal no hay suciedad. La situación anómala que plantea Albee es tan sólo un punto de partida. Coloca a una familia, aparentemente feliz, en una situación límite, no ya la de una depravación sexual, sino la de una historia de amor con un animal; y lo hace para poner a prueba los valores de nuestra sociedad, para comprobar los límites de la tolerancia*, señala el director y actor del montaje estrenado el año pasado en el Teatro Romea de Barcelona.



LOS LÍMITES DE NUESTRA TOLERANCIA

Junto a Arthur Miller, Eugene O' Neill, Tennessee Williams y Sam Shepard conforma el cuadro de honor de la dramaturgia norteamericana donde encontraron esa caja de resonancia nacional a través del más duro criticismo al sueño americano (*american dream*). Un sueño que para la mayoría de los personajes de estos cinco grandes autores es una verdadera pesadilla. A Edward Albee, autor puente entre la generación de Arthur Miller y la de David Mamet, se le conoce en España sobre todo por *Una historia del zoo* y *¿Quién teme a Virginia Woolf?*, obras en las que un impulso violento amenaza bajo la capa de buenos modales con que se cubren los personajes.

El dramaturgo norteamericano Edward Albee ha manifestado que su deseo es que el espectador sea capaz de asimilar este complejo texto desde una perspectiva tolerante. *Me gustaría que el público que fuera a ver esta obra se pusiera en el lugar de los personajes. Cómo los maridos de la sala responderían si descubrieran que tienen una pasión por una cabra, y cómo lo harían sus esposas. Y quiero que la gente comprenda que la cabra no es una metáfora, es una verdadera cabra. Ella no está ahí para representar cualquier otra cosa. El texto analiza los límites de nuestra tolerancia: sobre aquello que nos permitimos pensar a nosotros mismos. Es una obra que al comienzo parece una cosa, pero que va abriendo una brecha a medida que nos adentramos en ella.*

La cabra puede considerarse la destilación de todo el mejor Albee. ¿Supera a su exitosa *Virginia Woolf*? La crítica no parece ponerse de acuerdo, aunque su estreno hace cuatro años en Nueva York, propició que el texto recibiera los premios Tony, el New York Drama Critics Circle, el Drama Desk y el de la crítica de la ciudad de los rascacielos. El autor, rozando ahora la edad de los 80 años, ha llegado a convertirse en uno de los pensadores más radicales y provocadores de la izquierda americana, y nada tiene que

demostrar a estas alturas de curso, cuando ha ganado en tres ocasiones el Premio Pulitzer de teatro por *Un delicado equilibrio* (1966), *Marina* (1975) y *Tres mujeres altas* (1991). El periódico francés *Le Figaro* se atrevió a titular en sus páginas con ocasión del estreno de *La cabra* en el Théâtre de la Madeleine de París: *su mensaje es altamente pernicioso*. No obstante, el éxito de la obra corre como la pólvora, y en este momento hay cuarenta producciones funcionando en distintos idiomas sobre los escenarios de varios países.

El teatro de Albee, al que algunos señalan como el padre de las corrientes del absurdo americano, ha estado en realidad más conectado a las estéticas dramáticas europeas, como las impulsadas por Samuel Beckett o Harold Pinter.

Creo que todas mis obras son en cierta manera políticas. El teatro ha de cambiar nuestras percepciones, si no es así, es puramente decorativo. Todas las civilizaciones establecen de manera totalmente arbitraria los límites de su tolerancia... Lo que espero es que la gente piense de nuevo si los valores que mantiene siguen siendo válidos. Un dramaturgo es aquella persona que extiende completamente sus vísceras sobre el escenario, dice el autor que considera cada uno de sus textos como un acto de agresión contra los status quo de la sociedad del bienestar. Muchos dramaturgos excuspan a su público en lugar de darle un puñetazo en la cara, que es lo que habríamos de hacer.

El año pasado, junto a otros novelistas convocados por la Asociación Internacional de Escritores (PEN) como Salman Rushdie, Don DeLillo, José Saramago, Paul Auster y Philip Gourevitch, denunció en la Escuela de Artes Cooper Union de Nueva York, la tortura que ejerce su país en la cárcel de Abu Ghraib. El acto concluyó con una declaración *contra una América donde se tortura*.

